

C A R A Y **Por IGNACIO AGUSTI** C R U Z

el elefante beodo

LA anécdota del elefante beodo que hemos visto publicada como noticia de prensa es de las que quisiéramos poner en cuarentena. Cuesta más emborrachar a un elefante que inventar la anécdota. Pero en el caso de que sea verdad, ¡qué estupenda noticia! Este es uno de aquellos lances imprevistos que debiera relatarnos, con más detalle, la pluma de un Mark Twain. Un elefante capaz de sorber por su trompa un tonel de ron y de empezar a dar tumbos patas arriba es un personaje casi humano. Con seres de esa índole hubiera cambiado la historia, y por lo menos la Segunda Guerra púnica hubiera sido más estudiada por los escolares en el bachillerato. Los elefantes de Aníbal eran distintos. Militares, implacables, feroces, tramontanos, abstemios, por poco nos hundían la romanidad. Si en lugar de aquéllos, los de Aníbal empinaran el codo como su colega alicantino se hubiera podido realizar lo que ahora se llama una «guerra fría» entre las dos vertientes del Mediterráneo, con «toasts» abundantes, zapatazo en la Asamblea y, en definitiva, conferencia en la cumbre. Los mares de Cartago estarían junto a los de Roma y al cabo de dos mil y pico de años, mitad comerciante, mitad colonizadores y juristas, viviríamos una civilización intermedia con el elefante por mascota y emblema.

La noticia nos ha conmovido. Una tonelada de humor y de ebriedad que da tumbos por el suelo es un síntoma alegre en la geopolítica de nuestros días, inmóvil, resistente, reacia, hecha con enormes bloques sin agilidad. La teoría elefantística de la historia más reciente y de la civilización actual merece la lección alcohólica del elefante alicantino. A determinados bloques y volúmenes ideológicos y estratégicos del mundo actual debiéramos acercarnos un tonel de ron, o varios de ellos. No hay nada tan obtuso y grande que no pueda ponerse a danzar. Quizá no esté lejos el día en que la lección del elefante beodo pueda ser aprovechada. Nos parece que en la condición del circo y sus habitantes hay elementos de aproximación elocuentes con los procesos históricos contemporáneos nuestros. ¿No se ha caricaturizado, a veces, la Asamblea de las Naciones Unidas como la pista y los escaños de un espectáculo bajo la lona? Algunos de los más diestros políticos de hoy ¿no tienen la facha de excelentes domadores? No es necesario destacar a los acróbatas ni a ciertos fenómenos de color, para apurar el paralelo. No ha muerto el circo: nos parece, por el contrario, que está en vías de sorprendente rehabilitación.

charlie rivel, el retorno Al margen de la anécdota del elefante, una figura del circo ha llegado ahora a nuestra proximidad para refrescarnos la memoria circense y acusar nuestra nostalgia. Se trata de Pepe Andreu, «Charlie Rivel», famoso «clown», uno de los pocos «clásicos» que quedan en las pistas del mundo.

Ahora, Rivel ha vuelto a pasar por Cubellas, su pueblo natal, y ha rememorado toda su vida a través del fugaz retorno. Una vida pura de hombre de circo, de ser sin fronteras, de tráfuga eterno con la cara empolvada y el mito en la risa; un hombre del circo para el cual, más allá de las vueltas de la lona, está el cielo estrellado.

Nació en Cubellas, pequeño pueblo de la provincia de Barcelona, junto al mar, en el curso de unos días de contrato de sus padres, cómicos de la legua, gentes de circo. Podía haber nacido en otro lado. Pero el acontecimiento le ha ligado para siempre a su lugar de origen, aunque viniera al mundo en cama prestada y habitación circunstancial. Cuando más huidiza y sin solar es

el secreto de la risa Como muchos de los grandes payasos de nuestro tiempo, Charlie Rivel ganó parte de su fama imitando a Charlot, luego se emancipó y fue el mismo Charlie Rivel. El payaso es por naturaleza el gran tímido; es una especie de monumento viviente a la timidez. Ya su propia apariencia, la mixtificación de su mímica, su rostro cruzado por dos colores, la deformidad grotesca de su boca, la ampliación en blanco del sonrojamiento, son la timidez más desolada y ampliada. El secreto de la risa es al timidez. Los personajes sonoros, los extrovertidos, suscitan —en la historia y en el drama— el llanto. Pero al payaso, que se pinta el rostro de encarnado para que la mitad de sus mejillas nos manifieste del todo el peso abrumador de su infantil y colosal vergüenza ante la vida, no le gusta suscitar el llanto. La timidez es tal que la mayoría de los grandes payasos han empezado imitando a otros. La figura que mayormente les ha servido de «Sosias» en los comienzos ha sido Charlot.

Porque Charlie Chaplin, al inventar a Charlot, inventó a un universo humano. Toda la gama de los tímidos, de los infelices, de los evangélicos pobres de espíritu, está incluida en el personaje del bombín deslustrado, de los zapatos a los que —en trance difícil— se puede entresacar un poco de ali-

la vida cotidiana, más busca la raíz su tierra difícil. Hay un pino en los riscos que se sostiene contra la ventisca alcanzando, con sus raíces desnudas y al aire, un resquicio en el hondo del acantilado ya batido por el mar. El espectáculo de esos árboles atletas es común en todas las quebraduras altísimas del mar latino. Los hemos visto en Mallorca y en Sicilia y en Grecia. Esos árboles son como inmensas arpas suspendidas, casi no son más que música. Desde la noche se les oye cantar, hechos viento y madera. Tal vez, su melopea ofuscará a Ulises en aquella ocasión.

Así, como uno de esos árboles con quejido han sido Charlie Rivel. Sólo que, en lugar de ofuscar a Ulises con voz de sirena, ha ofuscado a los niños, a todos los niños que alguna vez hemos sido en el mundo; con la risa risa, el saxofón de plata, el sarcasmo boquiabierto, la luz de un chiste. Pero Rivel, es árbol suspendido en el acantilado, raíz huesuda a la intemperie que busca la tierra buena donde profundizar, donde sorber el humus de la vida, en un rincón del Mediterráneo llamado Cubellas.

mento, de la andadura sincopada y de las piernas circunflejas. Esa es la gama que ha llevado a la consideración de los demás, a través de la risa, la vida callejera y suburbial, la criatura humana en su acepción más simple. De ahí que todos se enamoraran de él, y que su estela esté latente en nuestra propia singladura.

Hubo un payaso extraordinario, en cuya inspiración fueron a beber los que no lograron pasar de la imitación de Charlot a su propio carácter. Ese genio de la afabilidad y del encanto fue «Grock», el gran «Grock» del pequeño acordeón y del «Sans blague...» En la vida corriente era «Grock» un suizo distinguido, moderado, benévolo y burgués. En la escena o en la pista compendia todas las gracias del «clown» musical y las hacía florecer con su voz pastosa y sus extrañezas.

Cuando «Grock» pronunciaba su «Sans blague...» en la pista, una y otra vez, Europa entera prorrumpía en una colosal carcajada.

Lo hermoso de «Grock» era el alma que dejaba de pronto transparentar detrás de los potingues de su maquillaje cuando, sentado al piano, inesperadamente arrancaba a las octavas la maravillosa voz de Schumann o de Chopin. La cúpula de lona se llenaba entonces de un silencio expectante, sólo transido por la veta increíble de ese artista, por su portentoso don musical.